

Los lenguajes expatriados de Alejandra Pizarnik y Cesar Dávila Andrade

VICENTE ROBALINO (2013), *Experiencias del exilio en Alejandra Pizarnik y César Dávila Andrade*, Quito, Ecuador, Secretaria de Cultura/ Centro Cultural Benjamín Carrión, 235 pp.

Léi en un ensayo de la revista brasileña *Piauí* que hay una lengua, el *manx*, en la que en su sistema expresivo casi no ocurren los pronombres rectos, por lo que prevalecen los oblicuos. Además, no hay en ella tampoco los verbos *tener* y *saber*. Aunque el horizonte de las epistemologías autorizadas por la academia hoy esté algo difuso, pasadas las fiebres y asimiladas las directrices postestructuralistas y postmodernas y hasta el imperio de la poscolonialidad, esas peculiaridades del *manx* pueden sugerir argumentos para que se piense en un equilibrio necesario entre los términos del debate en las humanidades y no la preponderancia del sujeto sobre el objeto como ocurre en los idiomas indoeuropeos y que la ciencia contemporánea aun adopta como argumento para legitimar las más variadas relaciones de poder. Por cierto, son esos mismos idiomas indoeuropeos que han construido y aún construyen en actos de habla el espacio público a su imagen y semejanza. Basta recordar el hecho de que para proferirse una frase equivalente a “yo te amo” en *manx*, según leí no me acuerdo dónde, se dice “hay amor en mí en ti”. Esa variación sintáctica y morfológica vale para que se configure, entre los poco familiarizados con la diversidad, un mapa de posibilidades en los lenguajes humanos, muy lejos de la homogeneidad. Sirve aun para que se le atribuya al lenguaje poético un cierto estatuto de racionalidad sin grandes maniobras teóricas. En general, en los idiomas neolatinos (como el castellano o el portugués) y, digamos, modernos (como el inglés), se dice “yo te amo”; pero esos no son los únicos idiomas existentes. No tenemos nada en contra, tampoco nada en favor, pero no podemos dejar de advertir ahí la diversidad de los elementos de los lenguajes y de los discursos y, por supuesto, de paso, de los discursos acerca de esa diversidad y acerca del lenguaje.

Desde hace algún tiempo, la lingüística, la poética, la retórica, la teoría de la literatura y afines han reflexionado acerca de la posibilidad de que los textos con origen y destino literario o imaginativo (como se le denomina a veces en el mundo anglosajón) estén atravesados por otros lenguajes

(¿secretos?), mismos que a la vez que participan también tergiversan las normas del idioma *comunicativo*. Un poco como la condición del expatriado, aquel individuo que dice tener sus matrices culturales y existenciales en algún otro lugar al que vive. Son los residuos de ese sentimiento de enajenación que se proyectan en los organismos vivos (como los seres humanos, el lenguaje y otras máquinas sociales), es la intuición de una subjetividad que se va objetivando, no del todo, en el texto, que el poeta y ensayista ecuatoriano Vicente Robalino trata de asir en algunas de las piezas de la argentina de la Provincia de Buenos Aires (Avellaneda), Alejandra Pizarnik y del ecuatoriano de Cuenca, César Dávila Andrade, y que plasma en su libro *Experiencias del exilio en Alejandra Pizarnik y César Dávila Andrade* (Quito: Centro Cultural Benjamin Carrión/ Secretaría de Cultura, 2013). Aunque el libro ya circule desde hace tres años, el esfuerzo exegético de poetas que, a despecho de latinoamericanos, sean culturalmente algo distantes, vale una reflexión de aliento que ojalá esta reseña logre suscitar. La tesis fundamental de Robalino corresponde a la posible permanencia de tal sentimiento de enajenación o de presencia de esa imaginación ex-céntrica en parte de la producción de los autores, lo que supone decir que él trata de identificar y señalar a los lectores qué es lo que considera como experiencias del exilio y cómo ello se transluce en la expresión poética y narrativa de los autores, menos como un reflejo, procedimiento hoy impensable a cualquier lector maduro, y más como una proyección. Robalino logra hacerlo, pero por medios menos ortodoxos.

En principio, esa clase de argumentos suele ser demostrada de manera mecánica por los estudiosos que buscan relacionar aspectos de la vida personal o de eventos históricos, con un sesgo del periodismo, en obras literarias o fílmicas, tratando de rescatar de sus propios intereses aspectos que consideran pertinentes compartir con los demás debido a un carácter al que creen inmanente a la personalidad de los poetas y que se transmutan en transcendencia en su poesía. En ese caso, en que los dos escritores fueron exiliados físicamente, esa sensación abultaría en cualquier otro crítico. No es el caso del libro de Robalino, pero, por ejemplo, abundan trabajos que unen muy claramente el universo poético creado por Pablo Neruda en *Residencia en la tierra* (1925-1932), marcado por las declaraciones de principios de la revista literaria española *Caballo Verde* y, por supuesto, por el grupo de poetas del 27, o aun el escenario erigido por Carlos Drummond de Andrade en *Sentimento do mundo* (1940) y *A rosa*

do povo (1945), a un supuesto compromiso político cuasi inherente al período en que se escribieron esos textos. Y si algunas declaraciones de esos mismos poetas lo corroboran, no quiere decir que así sea. Puede que lo más pertinente hoy sea decir que fueran “afectados” por una emotividad preponderante en aquel tiempo, un espíritu del tiempo. Por lo que parece, el gran punto a ser discutido en esos casos es cómo Neruda y Drummond lograron plasmar de manera estéticamente inédita una materia tan codificada por los discursos de las ciencias sociales y humanas y por los medios de comunicación. Poco más o menos, eso es lo que quiere asir Vicente Robalino.

De cualquier manera, lo curioso no es la impertinencia que entre esos vínculos algunos especialistas establecen, a fin de cuentas dos sistemas de signos que, si no se les puede tildar de divergentes, sabemos que a veces tienen que negociar la convivencia (¿el mundo de la vida, el mundo del poema?), sino la necesaria unicidad y alteridad existentes entre vida y obra, entre palabra y mundo, entre poema y materia poética y, como dijimos, cómo poetas como Neruda y Drummond, pero también Dávila y Pizarnik pudieron urdir un tercer organismo, encarnado en determinados textos. Por supuesto, la crítica busca aislar el “objeto” de su estudio para mejor exponer sus ideas acerca del mismo, pero en épocas de predominancia de la crítica poscolonial y de los estudios culturales, la cisión vida y obra disfruta de poca credibilidad, y pareciera que de hecho a veces ni se le plantea. Quizá eso sea lo apropiado para determinadas vidas y obras, y según determinados puntos de vista.

Vicente Robalino alcanza una buena síntesis entre esos principios, alimentando su *Experiencias de exilio* con cápsulas de información poética/retórica del tipo del que se adquiere en una *close reading*, en conjunto con eferemérides de la vida de los autores. Robalino, por lo tanto, no prescinde de informaciones personales de ambos (exiliados, vidas atribuladas y problemas psiquiátricos graves) y su finalidad es imprimirle mayor sentido a sus obras narrativas y poéticas. Un ejemplo, respeto de Alejandra Pizarnik sobre todo, recuerda que una parte de su poemario y su prosa está compuesta por los motivos de la ironía y el *non sense*, figuras ancladas en soluciones surrealistas cuando la autora evoca a cierto orden social que permeó su vida en el período de su gestación como escritora entre 1950 y 1960. Ella asimiló y produjo sus propias imágenes que evocan el auge del feminismo, de la obtención de derechos civiles, de la cuestión judía,

de sus tendencias suicidas. Robalino indica aun rasgos de la personalidad y sensibilidad de la autora que le parecen fundamentales para la fruición de su poesía. No es el único, puesto que otros investigadores (Núria Calafel Sala, el mismo César Aira, entre otros), por ejemplo, inclusive dijeron o insinuaron que las ropas extravagantes de las cuales hace un uso estratégico para conformarse como un ser fuera de la norma desde una edad muy temprana son andamios en la arquitectura de la poeta medio maldita. Aquí la comparo en envergadura, tal vez, a Elizabeth Bishop, a Sylvia Plath, a Ana Carolina César, a Hilda Hilst. Robalino recuerda otros elementos biográficos, tales como las “preferencias sexuales de Alejandra, es decir, a su inclinación lesbiana, que si bien la puede sugerir en su poesía, en la vida, especialmente en el ámbito familiar, fue muy reprimida por su madre [...]” (p. 22 y 23). En efecto, a veces ese *background* familiar o infantil parece insoslayable.

II

Como dijimos, la principal línea afectiva que el autor busca describir se vincula a la idea o a las experiencias relativas al exilio en la voz de la escritora argentina y del escritor ecuatoriano, tanto en sus poemas como en su obra en prosa, y lo hace tergiversando un poco la noción de exilio aplicada a/por los autores. Haremos aun un comentario antes de examinar las palabras de Robalino, que de hecho, coinciden con parte de las nuestras. Para nosotros, esa expresión del exilio que brota de sus versos y frases nos encamina, al contrario de la norma, a un lugar de afectos verticales, como si su exilio fuera exactamente lo contrario de la noción de exilio del conocimiento común, es decir, nunca formara un campo semántico al que se puede atribuir a todo lo que está afuera, distante, sino, casi por lo contrario, a lo que está encerrado en algún lugar adentro de uno y busca salirse. Pensamos que es en ese momento en que opera la virtualidad del lenguaje poético de nombrar *desnombrando* en los autores referidos: en general exilio es destierro, retirada, huida, aislamiento, caminada y la primera imagen que nos viene corresponde a un camino, que es horizontal. Lo que se percibe en ellos es exactamente lo opuesto, algo que toma la dirección contraria. En efecto, exiliado aquí muchas veces quiere decir nada más *excluido*, en el caso de Dávalos, excluido social, y en el de Pizarnik excluida inclusive de la alteridad (p.15). Por ejemplo, ya en *La última inocencia* (1956) se encuentran poemas como “Algo” (p.19), en que esa

voluntad de cambio de lugar, de cambio físico y geográfico, se insinúa en tensión con alguna energía interior que busca lo mismo, cambiar de estado, pero debido a un lapso en la *autoestima*, quizá, a un sentimiento de no pertenecimiento generalizado, a aquello que Sergio Buarque de Holanda y tantos otros dijeron sentir, extranjero en su propia tierra:

noche que te vas
dame la mano

obra de ángel bullente
los días se suicidan

¿por qué?

noche que te vas
buenas noches

Dávila Andrade tiene una prolífera lista y quizá “Advertencia del desterrado” sea uno de los más celebrados ejemplares, pero optamos por reproducir aquí las dos primeras estrofas de “Consagración de los instantes”:

Ahora que vivimos, quememos nuestras manos en las arpas.
La música lineal cae sobre sus barcas inclinadas.
En el espejo de oro que camina
se desnuda la mujer que tejemos en el aire.

Todo lo existente quema su ritmo, bate su ala.
Todo lo que naufraga, deja un remo en la superficie
como una larga flor para nuevos imperios.

Vicente Robalino empieza su recorrido decriptivo de la imaginación del exilio en los textos de la argentina y del ecuatoriano por sus poemas. Considera, según se nota en el orden que utiliza, el contexto histórico que él define como el de la poesía hispanoamericana de la década de los sesenta definitivos en la factura de ellos, especialmente en la de Pizani. En el período descubre dos regularidades que pueden alimentar formalmente a la producción de ambos, aunque Dávalos ya fuese un poeta maduro: una, relativa al resultado de poemas conversacionales (Cardenal, Dalton, Gelman, Retamar, Pacheco), cuya voz quizá esté más claramente adscrita a cierta consciencia sociológica; otra, en apariencia menos politizada, que “convierte al lenguaje en protagonista” (p.19), es decir, aquel tipo de poema en que se advierte más que las ideas, los afectos y la respiración de un yo lírico supuestamente orientado por una subjetividad más o menos definida (Olga Orozco, Blanca Varela, Enrique Molina).

Como en un juego sofisticado se puede considerar la primeira línea estilística como relativa a la idea de Camões, luego concretada por Pessoa, “*minha pátria é a língua portuguesa*”, y a la segunda línea en lo que en broma podríamos atribuirles: “yo soy el idioma”. Aunque sabemos que tal vez así reforzáramos la dicotomía entre esquemas de expresión de lo colectivo o de lo individual, entre la necesidad de destacarse el cuerpo o el alma del poema o aun la predominancia del objeto o del sujeto de la enunciación, nudos filosóficos y expresivos entre el yo y el otro o entre el yo, el nosotros y el ellos que parece nortear más que formar, substancialmente a buena parte de la producción literaria que circuló por el espacio público en el periodo. El hecho es que si Pizarnik y Dávila Andrade coinciden en ese segundo espacio de expresión de lo poético, en el que “yo soy el idioma”, enunciando su lirismo ultrasubjetivo, tampoco se desvían de sus experiencias subalternas.¹

Esas coincidencias estilísticas que sirven de eje comparativo para Robalino en los poemas, son por él activadas, en su argumentación, mediante dos expedientes: 1) la materia de vida tal vez les confiera alguna masa para construir su poética. Ambos autores nacieron en la primera mitad del siglo xx, César en 1918 y Alejandra (nombre adoptado socialmente por ella misma en sustitución al Flora Pizarnik, de pila), en 1936, en Buenos Aires. Los dos se autoexilaron, ella en París y él en Quito, Guayaquil y Caracas. Los dos tienen claras tendencias depresivas (¿esquizofrénicas?) y la idea de suicidio parece constar, según los estudiosos, en los varios prontuarios médicos de ambos. Los dos se suicidaron, él en 1967 y ella en 1972. 2) El referido caldo cultural que se coció después de las vanguardias de inicios del siglo xx en Latinoamérica y provocó, al menos eso pareciera, que muchos textos estuvieran en diálogo con lo que se hacía en otras partes del mundo que no nada más la Europa castellana y francófona e intoxicaron la imaginación poética con valores que brotaban sobre todo del mundo anglófono, especialmente de este lado del Atlántico, en los poderosos Estados Unidos de América (William Carlos Williams, Marianne Moore, la *Beat Generation*). Robalino sigue el mismo trayecto y más aun en cuanto a la prosa de esos autores se refiere y también logra buena factura.

¹ Subalternas en un sentido general: el idioma en que escriben, la imaginación que convocan, la afectividad que develan, politizando así el yo lírico pero con procedimientos inauditos. Por cierto, esa síntesis es lograda por intermedio, quizá, de tales imágenes o experiencias del exilio, bajo la clave de la exclusión, presentes de hecho en sus poemas.

III

En primer libro de relatos de César Dávila Andrade es *Abandonados en la tierra* y surge en 1952 tras ganar un concurso literario en su país el año anterior. En él se notan las posturas comentadas por Robalino, tanto de su proclividad por la cuestión social como por lo hermético, quizá ejemplificado en la narrativa “Ataud de cartón”, entre otros señalados por Robalino y pertenecientes a otros volúmenes, tales como “Vinatería del Pacífico”, “Sauce llorón”, “Un nudo en la garganta”. En este apartado, vemos la reunión de lo que dijimos entre la denominada “experiencia del exilio” con lo que identificamos con un gusto por la exclusión en general, tal como Robalino lo hace. Es en ese punto que tanto Robalino como los autores demuestran aquel vicio muy típico, ya señalado, entre los literatos del siglo xx, que consiste en asimilar, ocultando las mediaciones, a los aspectos sociales y estéticos en las obras discursivas verbales o imagéticas. Aunque Robalino sí advierta que la “[...] sociedad representada en estos cuentos”, “La sociedad narrada se caracteriza por la presencia dominante...” (p. 140), es decir, que señale el elemento figurado (representar y narrar son actos de figuración) apropiado a la crítica al tratar de hacer un comentario o una evaluación de textos discursivos. En verdad, lo que nos deja es una sensación de que la importancia de su tesis central se apaga un poco en esta sección y que otro motor y otro aspecto de interés se elevan en su hierarquía argumentativa, especialmente aquellos vinculados con la órbita de la subalternidad y el miserabilismo que muchos escritores del siglo xx en general, latinoamericano o no, supieron proyectar, y que muchos críticos supieron identificar y comentar.

En el caso de Pizarnik, su prosa un poco más dispersa y hermética imposibilita, a veces, el señalamiento de su estilo o aun de su opción temática con bases únicamente de las teorías de la subalternidad, lo que es más posible pero tampoco suficiente con Dávila. En cualquier caso, Robalino rebasa ese límite. Queda por lo tanto el aspecto relativo a su orientación sexual, a su vida social de exclusión debido a su supuesta depresión (¿esquizofrenia?) etcétera. En un relato Robalino dice encontrar la “impresión de decadencia –vejez, olvido y repugnancia-” que “se percibe en la narrativa de Alejandra, especialmente en el cuento ‘Escrito en España’ (segmentos ‘Santiago de Compostela’ y ‘El Escorial’). En ellos la sensibilidad del protagonista choca bruscamente con el ambiente de

miseria humana y social con el que se encuentra tanto en la Catedral como en El Escorial.” Veamos, asimismo, el fragamento “Santiago” del mismo relato a fin de ilustrar esa dificultad de aplicar un aparato crítico muy codificado a los textos de la autora argentina:

La mirada abierta que es un cofre, un lugar de ofrendas: óbolo el árbol y el valle, óbolo el mendigo y la cieguita cantora, el gitano manco, el hombre de la cornamusa –su cara en perpetuo temblor, los ojos alucinados, gritando ‘no, no, no’ en la Plaza de los Literarios en donde tres viejas de negro mirándome

–y cómo hace para saber si es mocita o mocito con esos pantalones

–señora –dije– me miro entre las piernas

–por las noches bebo anís y cognac; por la noche bebo sol y sombra–decía el dulce muchachito, decirte cómo canta en la medianoche, beber sol y sombra de una manera otra que aliando anís con cognac: todos los secretos del sol, todos los de la sombra, los de la vibración...

Si je maourais-là-bas...

Enterre-moi dans tes yeux. Por ti todas las canciones del mundo

*Todas las (sic...) aves do mundo d'amor diziam.*²

Hay aquí más del destierro de sí mismo al que se ve constantemente flagrada Pizarnik, y que comentamos antes, que propiamente un atestado de dolor o soledad relativo al exilio físico que, de hecho, sufría, quizá a causa del primero. Y ese hecho ya lo es advertido por Robalino al inicio del libro, cuando asevera de los dos autores estudiados: “Sin embargo, consideramos que hay en los dos poetas una suerte de destino trágico que los une: la convicción que tienen de sentirse exiliados, no sólo desde el punto de vista geográfico, sino desde un reconocimiento interior, que hace de ellos seres excluidos (p. 15)”. Y ya en la segunda parte (p.135), cuando afirma

[...] hemos utilizado con propositiva frecuencia el término marginación. Con él hemos querido resaltar las distintas formas estético-narrativas que adoptan las obras de estos dos grandes poetas y narradores, Alejandra Pizarnik y César Dávila Andrade, para expresar un reiterado contenido: su condición de sujetos excluidos y, al mismo tiempo, autoexcluidos.

² Transcribo el texto con los posibles errores de portugués del original o, más bien, el gallego de Galicia. Creo ser este último idioma, puesto que el texto hace alusión a ciudades de esta región española.

Por cierto, en el orden de preocupaciones relacionado por Robalino en la segunda parte él desvela, sin proponérselo, dos aspectos en un sólo momento. Primero, confirma la sinonimia presente en sus nociones de exilio con exclusión y la organicidad de los textos en relación a esa sinonimia, que encierra en sí lo que dijimos acerca de una especie de dialéctica entre el yo y el otro. Los apartados finales están subdivididos así: “La marginación de los personajes en la narrativa de Dávila Andrade”; “La marginación en el personaje protagónico de Alejandra Pizarnik”; “Los diarios de Alejandra o el testimonio de la marginación”; “Las cartas de Alejandra o la conciencia del exilio”. Así el autor se inscribe, como los escritores por él examinados, en una tradición contemporánea que aunque quiera no logra una reflexividad entre pensamiento, espacio social y escritura. Exilio ganó tonalidades de exclusión (social, psicológica etcétera) a la medida en que el crítico (sujeto) fue descubriendo su “objeto”. Como en el *manx*, el idioma misterioso al que nos referimos en los primeros renglones de esta reseña, en la crítica literaria la predominancia es siempre de lo que consideramos el objeto y no el sujeto. Otra posible constatación que el libro de Robalino sugiere: ¿Acaso no parecen ser los exiliados latinoamericanos todos doblemente excluidos, en su país y en el que optan vivir, en general Estados Unidos, Francia, Portugal o España? (debe haber más de 500 mil ecuatorianos en España). Sabemos de la improcedencia y de lo fuera de lugar que puede parecer esta sentencia hoy día, pero tal vez ahí esté la tipología de simbiosis oculta que podrían sostener algunas de nuestras especificidades cuando se trata de hablar de latinoamericanos en el mundo contemporáneo. Vicente Robalino lo sabe.

SEBASTIÃO GUILHERME ALBANO
UNIVERSIDADE FEDERAL DO RIO GRANDE DO NORTE

